

tinios, pero sus pueblos están con los palestinos. El deseo de verles desaparecer ha estado seguido a veces por la acción contra ellos: Hussein se ha distinguido notablemente en matanzas y persecuciones. Otras veces se ha intentado rodearlos u obviarles en formas diplomáticas y políticas. Pero los palestinos permanecen.

La conferencia de Rabat ha llegado a una fórmula de institucionalización de los palestinos: la conversión de su OLP en gobierno provisional en el exilio, y el reconocimiento de que a ellos les corresponde el gobierno en el territorio liberado de Cisjordania, de Gaza. Estas tierras están todavía en manos de Israel desde 1967; solamente con que se consiguiera que [Israel] las abandonase con arreglo a las sucesivas conminaciones de la ONU, el asentamiento palestino en un hogar nacional estaría asegurado. Para Israel es un motivo más para no abandonar esas tierras ocupadas: sus fronteras con Jordania son seguras, por la complacencia de Hussein, pero unas fronteras con los palestinos serían nido de continuos enfrentamientos. Sin embargo, otros cálculos pueden considerar que el asentamiento de palestinos en una tierra propia, y de una tierra con algunas posibilidades de riqueza puede aplacar en gran parte las tensiones, y puede permitir a los palestinos tener más voz internacional. Ya la ONU les acoge como defensores de su propia causa —Arafat hablará en la Asamblea General el día 13—, y ya es posible que los palestinos participen en las conversaciones de Ginebra. Si es que los israelíes no las sabotean, como parece en estos momentos.

Esta decisión principal de la Conferencia de Rabat ha costado numerosas presiones, numerosas conversaciones extraoficiales, para convencer a Hussein de que la acepte. La aceptó finalmente, pero no hay que tener demasiada confianza en que no busque la manera de incumplirla o de continuar sus formas de ataque a los palestinos. Hussein no es hombre que se conforme a sus propias declaraciones.

La sensación final de unidad que han dado los países árabes en Rabat está muy lejos de ser una realidad con la que haya que contar para el futuro. Es un acuerdo de principio. Está pendiente de modalidades, que van a comenzarse ahora. Hussein se reunirá con Arafat, con el presidente Sadat de Egipto y con Assad de Siria, quizá en El Cairo o en Damasco, para estudiar las "modalidades de aplicación": será una reunión difícil. ■



En unas recientes declaraciones a «L'Humanité», Fidel Castro ha explicado que no tratará con los Estados Unidos, a menos que este país levante previamente el bloqueo de una manera incondicional, y que en ninguna manera traten de limitar después la soberanía cubana. (La base de Guantánamo —en la fotografía— puede ser una de las limitaciones de esa soberanía, pero Cuba no la menciona directamente.)

CUBA

Hacia el final del bloqueo

Algunas «indiscreciones» del presidente Ford parecen sabiamente calculadas para crear una cierta atmósfera en torno a Cuba, la atmósfera de que los Estados Unidos no están dispuestos a colaborar en el desbloqueo diplomático de la isla. Así, cuando dijo a su visitante Echeverría, presidente de México, que busca una posición de apertura a la izquierda para dorar los lustres perdidos en el transcurso de los años por el PRI, que puesto que Castro no ha cambiado con respecto a los Estados Unidos, los Estados Unidos no tienen la menos disposición de ánimo de cambiar con respecto a Castro. Todo parece indicar que nos encontramos con una especie de juego parecido al de China: los Estados Unidos contribuyeron a la admisión de China en las Naciones Unidas, en vista de que la corriente iba por esa vía, pero manteniendo una moción contraria (la que pretendía que Taiwan permaneciese en la ONU), y sin anudar con ella relaciones diplomáticas, que si-

guen cortadas, a pesar de la espectacular visita de Nixon. Los Estados Unidos aceptarían la corriente favorable al desbloqueo diplomático de Cuba en la Organización de Estados Americanos por no verse expuestos a una derrota de su política dura, pero votarían en contra y seguirían sin abrir sus relaciones diplomáticas con la isla, para no perder la cara. El «lobby» cubano, que es un grupo de presión de considerables millones —y no sólo por los intereses de las grandes compañías norteamericanas que fueron nacionalizadas en Cuba, sino también por el abundante manejo de fondos cubanos exiliados, muy abundantes ya desde su origen por la gran fuga de capitales que precedió a la instalación de Fidel Castro, sino muy bien movidos en los tiempos de Nixon y del banquero de la Casa Blanca, Bebe Rebozo—, mueve poco sutiles hilos de propaganda, como acaba de hacer, aprovechando la conmemoración de la «crisis del Caribe», para recordar que si la

URSS retiró sus cohetes en aquella época, no ha renunciado a tener una base importante en la isla.

La voz más audible de la oposición al desbloqueo de Cuba la llevan, como era de esperar, Chile y Uruguay. Los uruguayos han utilizado la Asamblea General de la ONU para denunciar a Cuba de ser un peligro para la pacífica sociedad latinoamericana, y especialmente para su país. Chile utiliza un lenguaje parecido de «intromisión en los asuntos internos», y se alza en la memoria de la visita de Castro a Allende y en envíos de armas, instructores y dineros en la época de la Unidad Popular; temas que no fueron secretos, sino usos de la soberanía chilena con un país que entonces era su amigo. Chile actual insiste en que Cuba sigue ayudando a la clandestinidad. Paraguay y Nicaragua corean a estos países de la oposición, mientras que Brasil, cuyos ya largos años de dictadura de derecha parece que se van decantando en una posición más moderada y más reposada en política exterior, se abstendría.

La voz favorable a Cuba la llevan ya los países que tienen relación con ella de alguna manera. México, desde luego: no cortó nunca relaciones, y su capital ha

servido más de una vez a diálogos tenidos por secretos entre cubanos y estadounidenses, y Echeverría, queda dicho, es ahora el gran mediador, el hombre que querría ver levantado ese gran contencioso y llevar el triunfo a su biografía presidencial. Están Colombia, Venezuela y Costa Rica, autores de la moción de desbloqueo, y con ellos, Perú y Argentina, que tienen también relaciones directas con La Habana; la República Dominicana y Haití, Ecuador, Panamá, Trinidad, El Salvador, Honduras, Guatemala y Bolivia. El recuento suma quince países. Aún sobra uno —y puede sobrar si Bolivia decide finalmente votar en contra; no lo tiene decidido— para sobrepasar los dos tercios de mayoría en la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de la OEA, que el viernes próximo —día 8— comienza su reunión en Quito para estudiar el tema cubano. Los muy optimistas dicen que a pesar de Ford, los Estados Unidos, representados por Ingersoll, no votarán en contra, e incluso votarían a favor (introduciendo en la moción unas frases por las que se impondría a Cuba la obligación de «no intervenir en los asuntos internos de otros países», frase que, por otra parte, figura en los acuerdos generales de la OEA, como en casi todos los pactos internacionales, lo cual no ha evitado a Estados Unidos la intervención flagrante en los asuntos internos de Chile), y absteniéndose por el momento de reanudar sus relaciones directas. Parece ser que Kissinger ha tratado del tema cubano en su estancia en Moscú, y que Brejnev ha creído necesario insistir en que la coexistencia mundial estaría muy ayudada si Estados Unidos no insistiera en el bloqueo de Cuba. En ese caso, el voto brasileño podrá pasar de la abstención a lo positivo, y quedarían exclusivamente aisladas las dictaduras del subcontinente: Uruguay y Chile, Paraguay y Nicaragua.

Una de las razones más importantes para el final del bloqueo es que prácticamente el bloqueo ya no existe, o sólo existe a medias; varios países comercian con Cuba, y los mismos Estados Unidos, si no como nación, en tanto que empresas productoras —y ya se sabe lo difícil que es discriminar en Estados Unidos empresas y estado— lo están haciendo a través de otras naciones, como, por ejemplo, la República Argentina. El bloqueo ha dejado de ser efectivo, y la única salida aiosa para los bloqueadores es hacer como que renuncian a él.

Otra razón de gran peso es la nueva riqueza de Cuba, riqueza en buenas divisas, como consecuencia de la desmesurada alza de su principal producto, el azúcar, en los mercados internacionales —donde escasea—. Cada país quiere ahora abrir sus mercados de venta a los cubanos, que pueden comprar en monedas duras y en firmas de tratados comerciales que pueden beneficiarles. El que en esta competencia entren las propias empresas de los Estados Unidos no puede extrañar a nadie.

Cuba, por su parte, mantiene visiblemente una posición energética con respecto a los Estados Unidos. Fidel Castro, en unas recientes declaraciones a «L'Humanité» (órgano central del partido comunista francés) ha explicado que no tratará con los Estados Unidos, a menos que los Estados Unidos levanten previamente el bloqueo de una manera incondicional, y que en ninguna manera traten de limitar después la soberanía cubana (la base de Guantánamo, ocupada por los Estados Unidos en Cuba, en virtud de tratados anteriores, puede ser una de las limitaciones de esa soberanía; pero Cuba no la menciona directamente). Dice también Fidel Castro que si los Estados Unidos se oponen al levantamiento del bloqueo, sufrirán una dura derrota, porque la mayoría necesaria de los países de la Organización están dispuestos a levantarlo.

Aún cabe una maniobra de última hora, alguna presión directa sobre los gobiernos más débiles o más influenciados de entre los que están dispuestos a votar la anulación del bloqueo. Parece improbable. Y parece, sobre todo, que aunque la moción de levantamiento del bloqueo no alcanzase la mayoría suficiente, como consecuencia de esa maniobra, los países que la han votado estarían dispuestos a abrir unilateralmente sus relaciones de todo tipo con Cuba, como algunos de ellos han hecho ya, con lo que, de todas maneras el bloqueo quedaría anulado.

Al margen de las interpretaciones políticas a que este acontecimiento dé lugar, aparece un hecho suficientemente comprobado en la historia contemporánea, a partir del «cordón sanitario» impuesto en Rusia en 1917: que los bloqueos de este orden son imposibles de llevar a cabo, y terminan siempre por fracasar y por volverse contra quienes los han propuesto o utilizado. ■

La Capilla Sixtina

AGUSTI BARTRA

Es muy probable que ustedes sepan quién es Sautier Casaseca y en cambio no sepan quién es Agustí Bartra. No se sientan culpables, por favor. Los culpables son otros. Bartra es un gran escritor catalán, de alguna manera equivalente a los grandes escritores andaluces y castellanos de la generación de la República. Ha vivido muchos años en el exilio y volvió hace muy pocos para comprobar con sus ojos azules, nadie diría que viejos, en qué había ido o parar aquel río que dejara en 1939. Pues bien, Agustí Bartra desde Tarrasa se preocupa por Encarna. Opina que últimamente Encarna sale poco en "La Capilla Sixtina" y ha utilizado a una intermediaria para darme a conocer sus temores.

—Dígale que no la mate, por favor. Es el gran aliciente de "La Capilla".

Me transmite el recado una profesora de la Universidad Autónoma de Barcelona que ha venido a Madrid el tiempo justo para consultar unos papeles en la Biblioteca Nacional, y como casi todos los catalanes, se vuelve a Barcelona en el primer hueco que encuentra en la lista de espera de Barajas. En cuanto mi comunicante se ha marchado, he bajado al piso de Encarna y le he contado lo sucedido.

—¿Y quién es usted para decidir si me mata o no me mata? Pues estamos bien. Como si una no tuviera su identidad a prueba de los humores de un vecino del quinto liberal, misógino e hipocóndriaco.

—No te enfades, mujer. Te lo he contado para que veas que un escritor tan importante como Agustí Bartra se ha encariñado contigo.

—No, si es de agradecer. Eso sí. Oiga, ¿y es muy importante ese señor?

—Uno de los grandes super-

vivientes de una gran promoción literaria catalana.

—Pone usted tono de obispo. He subido a mi casa a buscar el tomo de la "Obra Poética" de Agustí Bartra, publicado por Edicions 62. Durante dos horas he leído y traducido poemas de Bartra para que Encarna comprobara que la poesía universal no se reduce a Maiakovski, Nazim Hikmet o Pablo Neruda.

—Si lo que usted trata de decirme es que soy una lectora esquemática, le diré que estamos a la par, porque a usted no hay quien le arranque de Elliot, Cernuda y Jaime Gil de Biedma y Gabriel Ferrater. Bueno, no discutamos por tonterías. Vuelva a leerme ese poema de Bartra, el del cañón.

Como es natural, a Encarna le ha gustado sobre todo la poesía "de guerra" de Agustí Bartra, la que escribió a la orilla del frente durante la guerra civil:

¿Qué sabéis vosotros del ci-
[garrillo y la manta com-
[partidos,
de las esperadas cartas con
[perfume de vida joven que
[se leen poco a poco para
[que duren más?

¿Qué sabéis vosotros del
[beso intercambiado poco
[antes de las partidas,
de la grandeza de nuestra
[miseria,
de vivir diez muertes cada
[día,
de este querer abrazar a la
[mariposa del instante como
[si fuera una columna?...
¡Las negras cornetas sona-
[rán para todos!...

—Eso es un poeta, Don Sixto. ¡Las negras cornetas sonarán para todos!

Y Encarna se ha puesto en pie, roto el espontáneo ademán de llevarse una corneta a los labios. ■

SIXTO CAMARA